

UN POETA NAVARRO DEL SIGLO XVII

(DON FRANCISCO VICENT DE MONTESA Y TORNAMIRA,
SEÑOR DE MORA)

En la segunda década del siglo XVII se mantenía, desde los púlpitos, la famosa pugna por la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción; y sitios hubo —como Sevilla— en que los clamores de fervor se elevaron hasta el monarca y, de éste, al Pontífice. En Navarra los contendientes llegaron, lanza en ristre, a la liza; y en Tudela con juegos de sortija y alcancías y curiosas mascaradas, de las que se guarda relación. La gran fiesta de la Purísima, que el Cabildo de la Colegial había establecido, el 8 de diciembre de 1619, dió lugar a que se celebrase un pintoresco torneo, que por enfermedad del Rey, hubo de demorarse hasta el día 16 de abril de 1620.

En esta fecha, según documento del archivo de San Adrián, el caballero mantenedor, de antigua casa tudelana, arrojó el guante y colocó, sobre una rodela dorada, en paño de terciopelo carmesí, un cartel de desafío en el que se dice, que así como el sol nació de la luz, «único entre todos los astros, así también nació de la gracia esta Soberana Señora, única entre todas las mujeres, siendo su Concepción Inmaculada en el primer instante de su ser: de cuyo misterio es tan devoto que sustentará en un desafío y torneo de a pie, a tres botes de pica, un golpe de maza y cinco de espada, y a cuantos caballeros quisieran combatirle: que no habrá alguno que pueda igualarle en esta debida fineza; dando por precios a los que se excedieren en los tres géneros de duelo señalados, una pica, maza, y espada de plata; al más galán, un cristalino espejo en que mire su gala; y al que sacare mejor letra, cuatro plumas de orán blancas y azules».

Eran los jueces, «para lo bélico y lo conceptuoso», el Señor de Valtierra, el de Eza, el de Fontellas, el de Varillas y otros, y las damas que habían de juzgar al más bizarro: Doña Juana de Egués Beaumont, Doña Beatriz de Falces Magallón y Doña Juliana Pasquier y Rebolledo. Una vez en la palestra agonal, aquel domingo de Cuasimodo, a las dos de la tarde, empezó el desfile de los llamados «aventureros», que habían de competir en la liza. Eran tudelanos, de las casas de Magallón, Contamina, Montesa, Egués, Beaumont, Pasquier, etc. Siete caballeros, habían echo su entrada en el torneo, cuando —según la relación mencionada— el vulgo, que se hallaba «absorto contemplando las suertes de armas, a cual más airosa», oyó el bullicio y la presencia de un nuevo aventurero: Don Francisco Vicente de Montesa, Señor de Mora, rodeado de todo el boato propio de su casa. Era un mozo de veinte años, fastuoso y con fama de poeta. Le precedían cajas y pífanos con libreas verdes, seguidos de cuatro gentil-hombres con sotanillas cortas arrezagadas de gorgorán negro, a la moda de entonces, calzones y mangas de raso aprensado, espada y dagas doradas, con tiros y pretinas y rosas de ligas y lazos cuajados de puntilla de oro; cadena y cintillo de lo mismo; sombrero y penacho negros, cuellos y puños abiertos

y «azulados». Traían todos las picas, mazas y espadas del torneo entorchadas de verde y oro, por ser estos los colores de la casa de Montesa.

Tras los gentil-hombres, los padrinos de este competidor, engalanados con bandas y bastones, y a continuación el propio Señor de Mora, que traía arnés y celada bruñida en blanco con perfiles de oro. Sobre ésta, y aludiendo a las armas parlantes de su nombre, un monte alto, de plumas verdes, el cual remataba en un corazón encarnado y estaba coronado por una garzota blanca, (alusión al fénix en llamas). De la celada pendían unos «volantes, también verde y oro, que bajaban en forma de manto, rodaban por el suelo hasta juntarse con una banda que, después de haber terciado el cuerpo, daba, de un cabo, vuelta al brazo izquierdo y con el otro cubría la espada. Era de cinta, y la pica ce guerra y la gala, verde y oro; y las calzas y el tonelete aparecían bordados en realce y mostrando brillantes espejuelos que producían lucidos cambiantes», (y eran alusivos a las armas maternas del caballero, por la casa de Tornamira). Prendía, en la pierna izquierda, una jarreta verde, formada por una rosa de oro. Y cuando los padrinos avanzaron, hasta los jueces, y entregaron la tarjeta del competidor, se vió que aparecía en ella «un cristalino espejo, en medio del cual había un círculo de resplandorosos jeroglíficos y anagramas de sus armas con el mote: *Especulum Sine Macula*». Y en español:

En este Espejo de Dios,
si hubiera habido fealdad,
no se viera la Deidad.

Presentáronse otros caballeros, en carrozas, con simbólicas figuras, y todos ellos tornearon, haciendo diferentes levadas, y a cada uno dieron los jueces «guantes de premio, de que tomaron motivo los padrinos para presentar, en nombre de sus ahijados, a las damas, muchos pares de polvillos de azahar, jazmín y de ámbar, de que llevaban prevenidas las faltriqueras», terminando el festejo con la folla y un brillante sarao, después de haber sido rejoneados unos toros, en la plaza, por el Señor de Gómara y rematados por el torero «Jarrete».

Así empezaba a vivir el —según sus tratamientos— Muy Noble y Magnífico Señor Don Francisco Ferrando Vicent de Montesa, Tornamira, Garcés, Luna y Antillón, que, nacido en Tudela y bautizado en la Colegial, el 18 de Diciembre de 1600, había sucedido en las casas de Montesa y de Mora, reviniéndolas al heredar a sus padres y a sus tias Doña Mariana de Tornamira y Doña Jerónima Garcés, fundadoras de vínculos. Como Señor del estado, mayorazgo y jurisdicción civil y criminal de Mora, su Palacio de Cabo de Armería, fué convocado a las Cortes de Aragón, celebradas en 1634. Y en Tudela, donde la casa de Montesa era una de las ocho que gozaban asiento en Cortes de Navarra, («que es el acto más señalado de nobleza»), fué inseculado en las bolsas del gobierno por el estamento noble, en 1633, 1645, etc., siendo Regidor cabo preeminente de la villa y su Alcalde. Gozaba vecindad forana en Buñuel (1656), los privilegios de la Bula Antillón, y de Oratorio, concedido, a él y su esposa, por el Papa Inocencio X, y varios juro y capellanías.

Bien pronto, aquellas brillantes cañas de su mocedad, tornaríanse lanzas. El Señor de Mora, en las campañas de 1636, peleó, con armas y criados a su costa, en las fronteras españolas del Pirineo, y penetró en Francia por tierra de Labourd; se halló, como otros caballeros navarros, en la toma de Urruña, Ziburu, San Juan de Luz, Azcain y en la del fuerte de Socoa (1). Dejó un solo hijo (llamado en su última voluntad de 23 de septiembre de 1665) el cual, viudo de Doña Beatriz de Argaiz Antillón y Asiain, había casado eso mismo año que muere su padre, con Doña Ana de Gorráiz Beaumont, cabeza de esta casa. Don Francisco añadió, a sus títulos y derechos, los de la caza de López de Caparroso y el patronato de la capilla de Santo Domingo de la Colegial de Borja, por Doña Rafaela, con quien casó, en Borja de Aragón, el año 1625, hija y sucesora de Don Martín López-Lerga de Caparroso y Daoiz y Doña Rafaela Jordán y Antillón, y sobrina nieta del ya entonces centenario Fray Juan López de Caparroso, obispo de Crotona y Monópoi y florón de la Orden de Predicadores (el mismo que había ordenado al Duque de Lerma, en Valladolid).

Vivía el Señor de Mora en Tudela, cuando, el año 1656, recibió las reliquias de Santa Ana, acompañado de su hijo Gaspar, eme tenía a la sazón veinte años, y de otras personalidades. Y fué uno de los regidores de Tu-

(1) Pe conserva en Navarra, y puede verse en Corella, alguna pica o alabarda de las empleadas en esta expedición militar, y en cuyo hierro se lee: «Casa de Montesa». Y no fue el Señor de Mora el único navarro de este ejército. Deseoso el Conde-Duque de Olivares de atacar a Francia, para poner coto a su prepotencia, decidió que unas tropas secundasen por el sur la acción de Don Fernando de Austria en Flandes; y a tal fin encomendó el mando de ellas al virrey de Navarra, Don Francisco de Andía Irrazabal, Marqués de Valparaíso. Comenzó la leva exigiendo caballos n la nobleza y prestación personal a los mozos. Se nombró Veedor General a Don Fermín de Marichalar, Señor de Lezárragabengoa y Sarria, del Consejo de S. M. y del de Navarra, quien hizo tomar las armas a los vecinos de las cinco villas de la Montaña, cuya capitania ejercía vinculada; nombró capitanes, alféreces y sargentos, y cumplió en la Proveeduría, después, «con grande crédito y satisfacción», según Palafox y Mendoza. Otros muchos navarros habían de hacer, como él, notorio su nombre, más tarde, en el socorro de Fuenterrabía. Pero, ahora, pasaban la frontera e invadían, desde la costa, el Bajo Pirineo. El Padre Moret consigna que el Virrey «habiendo compuesto ocho regimientos con diez mil navarros y juntando alguna moderada caballería... partía a los confines del reino, y aumentando el ejército con las tropas de mil y quinientos guipuzcoanos, ochocientos vizcaínos y otros moderados socorros de Aragón, al fin del otoño, por lugares tempestuosos y llovedizos, como arriados a! Pirineo y al mar, desapercibido de bastimentos y sin provisión bastante de pólvora por lo repentino de la expedición, habiendo perorado magníficamente a los soldados, rompió por el campo de Labort. Al mismo tiempo, habiendo llamado a los Vizcondes de Zolina y Valderro, a quienes con un esforzado escuadrón de dos mil navarros había alojado en Roncesvalles, paso principal del Pirineo, lo juntó con lo restante del ejército, etc.... Con esta irrupción cogiéronse en el campo de Labort los lugares Orruña, Hendaya, Ciburu y la villa de San Juan de Luz y poco después el lugar de Zoco». En esta campaña se distinguió otro navarro que había de dar, después mucho que escribir a la crónica: el Maestre de Campo Don Tiburcio de Redín. A Marichalar le dió gracias el Rey, y a don Francisco Vicente de Montesa los méritos contraídos le valieron que su hijo recibiera título de marqués y su nieto lo ostentara sobre dicho nombre, y que se les confirmasen los emblemas usados, en campo de batalla y en lizas de torneo por sus mayores: los tres montes parlantes y los lobres, timbrados por un fénix en cimera y el lema: «Virtus in infirmitate perficitur», tomado de San Pablo.

dela, que perseverando en su empeño, hicieron que, el 16 de noviembre de 1662, el Regimiento de la ciudad, integrado por Don Alonso de Beaumont Peralta, Señor de Valtierra; Don Pedro Magallón, Señor de San Adrián, y otros, declarase la devoción al Misterio de la Purísima Concepción, y tomase, el acuerdo y juramento de defenderlo siempre, y aún retirarse del templo cada vez que algún predicador, en presencia de cualesquiera de estos caballeros, dejase de saludar y encomiar a la Reina de los Ángeles, de la cual habría siempre un lienzo alumbrado, a expensas de dicho municipio, en la iglesia Colegial.

Veníale de casta, al Señor de Mora, ser escritor. Como a hijo de Micer Carlos y nieto de Mosén Ferrando de Montesa y de Don Francisco Vicente de Tornamira, érale natural la inclinación a las letras. En ellas destacó; pero son pocas las obras que de su ingenio conocemos, y aún las de mayor madurez, no pasan de ser propias de un aficionado de academia.

No tenía diez y ocho años Don Francisco, y acude a un certamen que se celebra en Zaragoza, en las fiestas de la traslación de la reliquia de San Ramón Nonato. Presenta una canción y un soneto. La canción, harto en agraz, no promete frutos excelentes:

De la dorada cuna del Oriente
al sol recién nacido saca el alba
por el turquí brocado de los cielos,
las sonoras aves la hacen salva;
alza Neptuno la mojado frente;
los peces rompen los azules velos;
baja a los montes el señor de Delos,
y salen, coronadas de espadañas,
a verle, las oréades hermosas;
hasta las verdes diosas
de los bosques renuncian sus cabañas;
las fuentes bulliciosas
se ven reír con dientes de diamantes
y árboles altos dando sombras antes.

Cuando el pastor Nonat a su ganado
echa por una alfombra de esmeraldas,
—verdugo de las hierbas y las flores—
no las escoge para hacer guirnaldas
ni guarnecer con ellas el cayado
como suelen hacer otros pastores;
retírase a tratar de sus amores,
a contemplar los gustos y contentos
que Dios al alma que le sirve tiene;
en esto se entretiene;
estos son sus divinos pensamientos;
por eso se previene
de la oración y ayuno en una ermita,
San Nicolás llamada, donde habita.

Así pasa la ausencia trabajosa
tan contento en aquellas soledades,
sin otra compañía que ganados,
 que no trocara ya de las ciudades
 la habitación alegre y deleitosa
 por la que tiene dentro de sus prados;
 allí, por alegrarse, despeñados
 de aquellos cerros de oro, mil de plata
 bajaba lo profundo de los valles,
 donde por tuertas calles
 un arroyuelo manso se dilata
 de matizados talles,
 mira cantar las aves por el viento
 sirviéndoles el agua de instrumento.

Baja del cielo a hacerle compañía
 el alba celestial, en cuyos brazos
 estuvo el sol dorando estos celajes;
 coronanle de estrellas varios lazos
 formando una vistosa argentería;
 adórnase la tierra de follajes;
 las piedras son zafiros y balajes;
 esmeraldas las hierbas; el campo oro;
 los árboles florecen,
 viendo venir al suelo tal tesoro;
 sus tomillos la ofrecen,
 olorosos y verdes, las montañas,
 y al fin Nonat, el corazón y entrañas.

Oh, amor extraordinario e increíble.
 Oh, Merced de la Virgen infinita.
 Oh, liberalidad que admira el suelo.
 Oh, más que venturosa y rica ermita,
 pues merecer pudistes, en visible
 forma, gozar la Emperatriz del Cielo;
 póngante en un conforme paralelo
 con los siete milagros que ha tenido
 el mundo, tan eternos de memoria,
 aunque son vil escoria,
 después que tal grandeza has poseído;
 en tí la excelsa gloria
 granjeó Nonat, y recibió favores
 que no se pueden numerar mayores.

En tí le dejó impreso de tal suerte
 el desprecio del mundo y ejercicio
 pastoril, en que el tiempo alegre pasa,
 que se va disgustando del oficio;

ya le parece aquella vida muerta;
 todo se inquieta; el alma se le abrasa;
 procúrase mudar a mejor casa,
 y a la de la Merced se va contento,
 que es adonde la Virgen le ha mandado;
 despídese del prado.
 dando al infierno envidia, y sentimiento
 al angel derribado,
 a sus negros ministros mortal queja
 por ver cómo su daño se apareja.

Tiempo es que demos fin, canción grosera:
 refrena el paso, y curso acelerado
 no quieras más volar, que vas perdida,
 y será la caída,
 tanto mayor cuanto lo fuere el grado;
 siendo humilde, acogida
 tendrás mejor, y no por alto vuelo,
 que nunca la soberbia subió al Cielo.

El soneto presentado por este poeta, decía:

La palabra del Padre vino al suelo
 por pagar de los hombres el pecado
 que, para que quedara restaurado,
 quiso vestirse del humano velo.

El que es amor divino y es consuelo,
 y de entrambas personas espirado,
 bajó a infundir en el Apostolado
 aquellas lenguas y profundo celo.

Pero del Innascible no se cuenta
 que se haya visto algún descendimiento
 sino es el que Nonat nos representa,

pues faltando quien darle el Sacramento,
 en traje mercenario vió, por cuenta:
 Hijo, Espíritu y Padre en su aposento.

Pocas son las muestras que nos ha dejado de su numen poético el Señor de Mora, no obstante su vocación temprana. Sabemos, porque él lo refiere, que frecuentó, con su condiscípulo Mur, las academias literarias de Tudela, y muy mozo, en Zaragoza, compite con líricos notorios y con ilustres aficionados, cual fueron la abadesa Doña Ana de Heredia, la condesa de Morata o el conde de Aranda. Que éstos, y otros muchos, figuran en el libro que

imprimió, en Zaragoza (1618), el Padre mercedario Fray Pedro Martín, dedicado a la condesa de Aranda, con el título: *Certamen poético de las fiestas de la traslación de la reliquia de San Ramón Nonato*.

Mantuvo relación con eruditos y literatos coterráneos: Luis de Mur, Juan Tornamira de Soto, deudo suyo, Miguel Martínez de Leache, Antonio Egea Guerreros, el canónigo Ccnchillos y aquel Don Bruno Díaz de Contamina y Cabanillas, tan nombrado. Realizó frecuente intercambio poético con los aragoneses. Y de su autoridad hay testimonios.

El libro *Triunfos de la Esclavitud, Virtudes de Moysén y Dureza de Faraón*, dedicado al Conde Duque de San Lúcar, por el Ldo. Don Luis de Mur Diputado y Síndico del Reino de Navarra, natural de Tudela, e impreso en 1640, lleva un elogio de Don Francisco Vicente de Montesa, Señor de Moré (sic), —es decir, de Mora—, en que muestra el gran predicamento que tenía entre los literatos aragoneses y navarros de su tiempo. El elogio citado habla del autor como asiduo a la; academias literarias de Tudela —donde, según el texto, había varias— y de Huesca.

Esta figura de Mur evoca una antigua amistad: «Desde las primeras de la escuela he comunicado a Vuestra Merced y en todas se ha descollado a sus condiscípulos, con espíritu tan elevado, que era emulación de sus preceptores».

Se refiere a la precocidad de Mur, quien desde niño, estuvo sumido en el estudio, donde «pasó Vuestra Merced la lozanía de tan anticipada juventud, sin el prólogo de la puerilidad, cuyos verdores suelen desabrochar los cogollos de las flores de las musas, o por arte, o por numen».

Dice que Mur fué, muy joven, presidente de «la academia más docta y grave de Tudela», y que se distinguió, luego, en las oscenses. Fué también militar; guerrearon juntos, pues, «como en César se compiten la pluma y la espada, yo ví brillar los aceros de la suya, en el rebato de Vera, cuando, doblando la eminencia del Pirineo, pasamos juntos a la invasión de Francia, en ocasión que las armas de Su Majestad ganaren tantas plazas de la provincia de la Borta». Se refiere al Labourt, por donde entraron las tropas españolas, y con las suyas, Montesa. Habla del estilo de Mur: «Vuestra Merced escribe para los entendidos, en tan bien colocadas y cultas voces, sin la escuridad y aspereza de los críticos que ponen su primor en afectar la inteligencia, tan sin provecho...». Añade: «La buena locución ha de ser fácil en las cláusulas, no tanto en los conceptos por la gravedad de la sentencia, en que tengan que descifrar les doctos». Alude a «las preñeces del misterio, con que suelen escribir los filósofos, y aun algunos de los políticos, por Rebozar la irreverencia».

El elogio se complica con citas de clásicos, al gusto de la época, y frases prolijas, que vienen a embrollar la prosa, pese a la claridad preceptuada, para terminar con un soneto:

Quién sino tú, consulto celebrado,
 pudiera conciliar, tan doctamente,
 el régimen político y decente
 la ley de Dios y la razón de estado.

Este volumen grande, si abreviado
en páginas, lacónico, elocuente,
a Séneca excedió lo más prudente,
a Tácito templó lo más osado.

Genio mayor en tanta disciplina
muestra tu pluma, pues del soberano
Moisés nos representa la doctrina

donde se mira un Príncipe Cristiano,
que supo, en económica divina,
juntar con lo moral la cortesano.

Y firma: «Su mayor aficionado y amigo». Año 1640.

Suya es también la aprobación para el Tiberio ilustrado, del mismo Don Luis de Mur (Zaragoza, 1645), y dice: «Al Licenciado Don Luys de Mur, del Consejo de S. M. y su Alcalde en la Corte Mayor de Navarra». Inserta otro soneto el docto Señor de Mora; pero, antes: «Pusieron los españoles antiguos poco cuidado en la calidad de las voces, con que desmayado el ardor de la doctrina, en la flaqueza del estilo, deslucieron su opinión haciéndose desazonados sus libros. Nuestro siglo ha enmendado este daño, acreditando su lengua con los primores de la griega y latina, juzgándola capaz del espíritu de sus locuciones; aunque por la diferencia de los genio» y la poca reverencia de los doctos, cada uno maquina arrogamientos, conforme a la viveza de su natural, fervorizándose sin atención de preceptos, que paran las más veces en oscuridad de cláusulas, reduciendo el concepto a sola la armonía del oído, con que queda el acierto dudoso. Elegancia es saber airosamente elevarse a lo recóndito de la metáfora; pero no desvanecerse a la vista de la inteligencia, tropelía con que se embelesan los ignorantes, llamándose comunmente cultos. Los verdaderos consisten en la suma perfección del idioma, quitando aún lo venial que pueda ofender a la censura más seria, con nervio tan igual que la oración no flaquee de tibia ni redunde de afectada. Todo esto requiere seso tan grande que no hace poco de tenerlo una república. Ya con este libro puede la nuestra competir las mayores. ¡Qué docto! ¡Qué elegante! Sin que lo crespo de las voces ahogue lo grave de las sentencias, misteriosas a todas luces; pues descifrando a Tiberio, son una cifra de la mejor política. No conoció Roma la de su César, pero si alcanzara la de su comentador, poco fuera darle el lugar de sus padres, junto la veneración de sus héroes. Mal lo dice prosa, mejor lo describirá la poesía»:

Virtud mentida rebozó Tiberio,
hipócrita ambicioso de su vida;
cautelosa maldad introducida
para honestar de vicio el vituperio.

Este volumen descifró el misterio
sacando la verdad escurecida
con la simulación, que prevenida
pudiera ser lisonja del Imperio.

Si alcanzaras el siglo que escribiste,
 oh, Demóstenes grande, envuelto de oro,
 fueras del capitolio inmortal pompa:
 escribe, que la fama que te asiste,
 estatua te será de más decoro;
 metal su eternidad, buril su trompa.

Y esto es todo. Por ahora. Los investigadores y eruditos podrán hallar más; y acaso oculto tras algún diáfano seudónimo de academia, hasta hoy ignorado (2).

ANTONIO MARICHALAR.
Marqués de Montesa

(2) Tuvo don Francisco una tia llamada Angela, hermana de su padre Micer Carlos. Y tuvo una hermana de padre, mayor que él, llamada Angela Luisa, que más probablemente es la Doña Angela Montesa que escribió una glosa A la devoción, y que comienza:

No siendo madre de Dios...
 Si vuestras virtudes bellas,
 Teresa, humilde contemplo
 que en vos lucen más que estrellas...

impresa en El caballero de Avila, por la Santa Madre Teresa de Jesús... Poema heroico, de Juan Bautista Felices de Cáceres; en Zaragoza (1623).

No se sabe que se presentara Montesa a más torneos. Finalizaban; y uno de los últimos a caballo, «ofrecido a la Concepción de María Santísima Nuestra Señora», lo organizó, en 1630. el Marqués de Torres, infatigable mantenedor de justas poéticas. Para entonces, Montesa, había dejado, sin duda, por las armas, letras y follas, estafermos y encamisadas. Pero pertenecía al siglo en el cual todo caballero intentaba ser poeta.

Al primer certamen en que comparece Don Francisco Vicent de Montesa se presenta, igualmente, un deudo suyo: Don Jaime de Tornamira y Conchillos, primo en tercer grado, de la línea primogénita, que también había arraigado en Tudela, donde su padre Juan de Tornamira y Mur confirmó su hidalguía en 1619. Jaime fue llamado a Cortes de Navarra en 1625; infanzón de Zaragoza (1629), vecino forano de Ribafórada; testó en Tudela el 18 de Abril de 1678. Estuvo casado (en Tudela, el 23 de Diciembre de 1-637) con doña Melchora Castillo de Burgui Berrozpe, y su descendencia volvió a emparentar, por los Aperregui, con la casa de Montesa. Esta línea conservó el solar de Tornamira en Tudela, con su escudo de armiños y espejos, en la calle Chapinería.

Hubo otros escritores de esta casa: Fray Martín de Tornamira, de la Orden del Cister, muerto en Italia, y Fray Jerónimo, Prior del Monasterio de Santa Engracia en 1678. El más notorio fué Juan Francisco de Tornamira de Soto, famoso autor (en 1622) del Sumario y hazañosos hechos del Rey Don Jaime 1.º de Aragón, llamada el Conquistador (y nacido, según es fama, en el viejo palacio de los Tornamira do Montpellier). Vivió Juan de Tornamira en Zaragoza, aunque había visto la luz en Tudela, en diciembre del año 1583, y dejó varios hijos de su esposa doña Antonia de Altamirano y Alamos. Se designaba a sí mismo como «el francés españolizado», y procedía, en efecto, de la casa citada de Montpellier. (De él ha publicado Manuel Aivar curiosos datos, en el número VII de esta revista).

Pero el Tornamira escritor que tiene, para nuestro estudio, mayor interés, por ser abuelo de Don Francisco Vicent de Montesa, es otro Señor de Mora: Don Francisco Vicent de Tornamira, «gran matemático», como lo designa el libro del Curato de almas Había nacido en la parroquia de San Nicolás de Tudela, el año de 1533. Testó en 1586 y en 1594, ante Pedro Conchillos, y murió en 1597 (el 24 de agosto) siendo enterrado en el carnero que tenían sus mayores en San Jaime de Tudela. Había fundado una capellanía, en el altar de San Gregorio de la iglesia de San Nicolás, el año 1572. Sucedió a su madre, Doña Luisa Vicent de Antillón, en el señorío de Mora, su jurisdicción y su torre, que gozaba en Navarra grandes privilegios, pues había sido fundado, en 1117, por Alfonso el Batallador y su llamamiento a Cortes era «el primero que se halla en la Protonotaría del Reino de Navarra».

Publicó una Cronografía en Pamplona, el año 1580, y un Calendario, 1591. (Las ediciones de sus libros, así como su último testamento, íntegro, escrito «en el palacio de mi término de Mora», pueden verse en el Ensayo de una biblioteca tudelana, por José Ramón Castro. Tudela, 1933). En la dedicatoria de su Cronografía y repertorio de los tiempos a! Marqués de Falces, dice que no tiene los grados de ciencia que en las escuelas se dan ni profesa el hábito de ellas; y en su testamento declaró haber sido harto aficionado a las ciencias humanas «gastando vanamente la mayor parte del tiempo en su especulación y discursos, pudiéndome haber empleado en otras cosas más provechosas y saludables para la salvación de mi alma», pues advierte que el tiempo pasa «sin sentirlo, caminando de día y de noche, sin parar jamás, para la muerte», y sin que «lo hsyen podido impedir» el curso de los planetas, signos y constelaciones, que él gastó su vida interrogando.

Se sabe de una aprobación suya a la **Historia del Duque de Borgoña, (o Memorias de Comines)**, por Pedro de Aguilón, fechada en Pamplona, a 25 de Septiembre de 1586. Aunque dedicado a las ciencias, ejerció de Mayor o capitán de guerra comarcano. Hizo fundaciones pías en Mora, el año 1559, e instituyó mayorazgo en 1590. Casó con Doña María Ana Bueno Garcés, hermana de los comendadores de Malta de este nombre. María Ana (nace 1537; testa 1586) le dió diez hijos, de los que sólo sobrevivieron hembras: María y Mariana, casadas con sendos infanzones de Mallén Pedro de Erla y Juan Jerónimo de Guisombart), y Jerónima, que sucedió la casa de Mora, y la llevó a la de Montesa, por haber casado, en 1598, con Micer Carlos.

Micer Carlos de Montesa, a consecuencia de este matrimonio con mayorazga navarra, arraigó en Tudela. Era nacido en Zaragoza, el año 1556; bautizado el 12 de febrero, en la parroquia de San Jaime. Allí estudió, y en su Universidad el fundador lo nombra Segundo en Leyes el año 1585. Obtuvo el grado de licenciado el 8 de agosto de 1587. Destaca tanto, que el 19 de marzo de 1588, la Universidad le confiere, «este día, por vez primera, el grado llamado de pompa», como Doctor en Cánones y Decretos. Desfiló antes, una cabalgata, a estilo de otras universidades, en la cual Carlos, a caballo y sin caperuza, seguido de su padrino, recorrió, durante cuatro horas, las calles de Zaragoza, acompañado de carros enguinaldados con sus emblemas heráldicos, escolares y ministriles que tañían instrumentos diversos, el rector, los doctores y jurados, hasta la presencia del Justicia y luego del Arzobispo y el Virrey y todo el Concejo. Los honores de esta «borla» son conocidos por un raro y detallado Memorial de las invenciones y carros triunfales, que se conserva en el archivo de la mitra de Tarazona y ha sido publicado por Jiménez Catalán y Jiménez Sinués en su Historia Real y Pontificia de la Universidad de Zaragoza. Describe la comitiva y la cabalgata. «Iban luego —dice—, tras las trompetas y atabales, el dra-

gón, que lleva un salvaje; por el dragón suele ser significada la sabiduría; a ésta llevan en general seis hombres bien puestos en sus lanzas y caballos. Luego, tras éste, seguirá el carro de los tres montes, que son las armas del graduado, con muchos escudos y motes. Tras éste vendrá otro carro, en el cual va el emperador de la China». Y así continúa la descripción de lo que ha de ser la ceremonia. Hasta ocho carros desfilan, rodeados de estudiantes, a caballo y a pie, con diversos disfraces. Uno es el carro de los médicos y de Apolo; otro el de la Fortuna propicia. Es el último el de Justiniano. No tiene ruedas y lo mueven los hombres que van ocultos debajo; pero tiran de él cuatro poderosos corceles cedidos por el Marqués de Almenara y lleva escolta de cincuenta jinetes escolares. Entre las divisas que ostentan, aparece ésta: «Montes in circuitu ejus exemplis que dalit». Nombrado, desee 1583, maestro de la universidad por su fundador, el Dr. Cerbuna, enseñó Leyes en aquel claustro donde alternaba con tan doctos ingenios como Javierre, Malon de Échaide, Simón Abril, los dos Monreal, Mirabete de Blancas, Juan francisco Torraba, Mendoza, Lobera, el belga Andrés Escoto, etc. Y aunque aparece como uno de los jurisconsultos que dictaminaron el contrafuero, el 31 de Octubre de 1591, Micer Carlos no fué castigado, y sigue examinando en la Universidad al año siguiente. En el de 1598, cumplidos los cuarenta y dos años, casa, por segunda vez, en Navarra, donde vive el resto de su vida, pues su mujer posee bienes raíces en Tudela y en Mora. Testó en 1601, y murió el 26 de septiembre de 1618; el mismo año que Doña Jerónima Vicént de Tornamira, su segunda esposa, madre del poeta, enterrada en San Jaime de Tudela. Escribió, Micer Carlos, a los veintiseis años, una Apología en alabanza del amor y una versión española o Filosofía universal de todo el mundo de los Diálogos de León Hebreo, que es la primera que se imprime en España (hay una anterior veneciana). Sale en Zaragoza a 22 de Diciembre de 1582, dedicada al inquisidor Gasca, y —según Menéndez Pelayo— no fue señalada por el Santo Oficio porque, como el mismo Micer Carlos advierte, atenuó algunos párrafos para su mejor inteligencia. Esta traducción había sido comenzada por su padre, humanista en Venecia y diplomático, que estuvo en Trento y substituyó, en la embajada de Roma, a Don Diego Hurtado de Mendoza, acabando sus días de arcediano: Mosén Hernando de Montesa. (De él puede leerse una nota biográfica en la revista Escorial, n.º 53).